

APOCALIPSIS

El Libro del Apocalipsis de San Juan consiste de dos partes principales. —1. Relata “las cosas que son”, esto es, el estado entonces presente de la Iglesia, que contiene la epístola de Juan a las siete iglesias, y su relato de la manifestación del Señor Jesús y su orden para que el apóstol escriba lo que vio, capítulo i, 9–20. También, los sermones o epístolas a las siete iglesias de Asia. Indudablemente se refieren al estado de las respectivas iglesias, como existían entonces, pero contienen excelentes preceptos y exhortaciones, recomendaciones y reprensiones, promesas y amenazas aptas para instruir a la Iglesia cristiana de todos los tiempos. —2. Contiene una profecía de “las cosas que deben suceder pronto”, y describe el estado futuro de la Iglesia, desde la época en que el apóstol contempló las visiones aquí registradas. Está concebida para nuestra mejoría espiritual; para advertir al pecador descuidado, para señalar el camino de salvación al que despertado pregunta, para edificar al creyente débil, consolar al cristiano afligido y tentado, y podemos agregar especialmente, para fortalecer a los mártires de Cristo sometidos a las crueles persecuciones y sufrimientos infligidos por Satanás y sus seguidores.

CAPÍTULO I

Versículos 1—3. *El origen y designio divino e importancia de este libro.* 4—8. *El apóstol Juan saluda a las siete iglesias de Asia.* 9—11. *Declara cuándo, dónde y cómo se le hizo la revelación.* 12—20. *Visión, en que vio aparecer a Cristo.*

Vv. 1—3. Este libro es la revelación de Jesucristo; toda la Biblia lo es, porque toda revelación viene por medio de Cristo y todo se relaciona con Él. Su tema principal es exponer los propósitos de Dios acerca de los asuntos de la Iglesia y de las naciones según se relacionan con ella, y del fin del mundo. Todo esto ocurrirá con toda seguridad y empezarán a suceder dentro de muy poco tiempo. Aunque Cristo mismo es Dios y tiene luz y vida en sí, sin embargo, como Mediador entre Dios y el hombre, recibe instrucciones del Padre. A Él debemos el conocimiento de lo que tenemos que esperar de Dios y de lo que Él espera de nosotros. El tema de esta revelación eran las cosas que deben suceder pronto. Se pronuncia una bendición para todos los que leen o escuchan las palabras de esta profecía. Buena ocupación tienen los que investigan la Biblia. No basta con leer y oír, pero debemos mantener en nuestra memoria, en nuestra mente, en nuestros afectos y en la práctica, las cosas que están escritas y seremos bendecidos en la obra. Aun los misterios y las dificultades de este libro están unidos con revelaciones de Dios, adecuadas para imprimir en la mente un temor reverente y para purificar el alma del lector, aunque puede que éste no discerna el significado profético. Ninguna parte de la Escritura expone más plenamente el evangelio y advierte mejor contra el mal del pecado.

Vv. 4—8. No puede haber verdadera paz donde no hay verdadera gracia; donde va primero la gracia, seguirá la paz. Esta bendición es en el nombre de Dios, de la Santa Trinidad, es un acto de adoración. Primero se nombra al Padre, descrito como el Señor, que es, el que era y ha de venir,

eterno, inmutable. El Espíritu Santo es llamado los siete espíritus, el perfecto Espíritu de Dios, en quien hay diversidad de dones y operaciones. El Señor Jesucristo fue desde la eternidad, un Testigo de todos los consejos de Dios. Él es el Primogénito de los muertos, que por su poder resucitará a su pueblo. Él es el Príncipe de los reyes de la tierra; por Él son derogados sus consejos y ante Él son ellos responsables de rendir cuentas. El pecado deja una mancha de culpa y contaminación en el alma. Nada puede quitar esta mancha, sino la sangre de Cristo, y Cristo derramó su propia sangre para satisfacer la justicia divina, y comprar el perdón y la pureza para su pueblo. —Cristo ha hecho de los creyentes reyes y sacerdotes para Dios y su Padre. Como tales ellos vencen al mundo, mortifican el pecado, gobiernan sus propios espíritus, resisten a Satanás, prevalecen con Dios en oración y juzgarán al mundo. Él los ha hecho sacerdotes, les ha dado acceso a Dios, los ha capacitado para ofrecer sacrificios espirituales aceptables, y por estos favores ellos tienen que darle dominio y gloria para siempre. —Él juzgará al mundo. Llama la atención hacia ese gran día en que todos veremos la sabiduría y la felicidad de los amigos de Cristo y la locura y desdicha de sus enemigos. Pensemos frecuentemente en la segunda venida de Cristo. Él vendrá para terror de quienes le hieren y crucifican de nuevo en su apostasía; Él vendrá para asombro de todo el mundo de los impíos. Él es Principio y Fin; todas las cosas son de Él y para Él; Es el Todopoderoso; el mismo Eterno e Inmutable. Si deseamos ser contados con sus santos en la gloria eterna, debemos someternos ahora voluntariamente a Él, recibirle, y honrarle como Salvador, al que creemos vendrá a ser nuestro Juez. ¡Ay, que hubiera muchos que desearan no morir nunca, y que no hubiera un día de juicio!

Vv. 9—11. Consuelo del apóstol es que no sufrió como malhechor, sino por el testimonio de Jesús, por dar testimonio de Cristo como el Emanuel, el Salvador; el Espíritu de gloria y de Dios reposó sobre este perseguido apóstol. El día y la hora de esta visión fue el día del Señor, el día de reposo cristiano, el primer día de la semana, observado en memoria de la resurrección de Cristo. Nosotros, que le llamamos “nuestro Señor”, debemos honrarle en su propio día. El nombre muestra cómo debe observarse este día sagrado; el día del Señor debe ser dedicado absolutamente al Señor y ninguna de sus horas debe emplearse en forma sensual, mundana o en diversiones. —Él estaba en una actitud seria, celestial, espiritual, bajo la influencia de la gracia del Espíritu de Dios. Los que deseen disfrutar de la comunión con Dios en el día del Señor, deben procurar sacar sus pensamientos y afectos de las cosas terrenales. Si a los creyentes se les impide observar el día santo del Señor con las ordenanzas públicas y la comunión de los santos, por necesidad y no por propia opción, pueden buscar consuelo en la meditación y los deberes secretos de la influencia del Espíritu; oyendo la voz y contemplando la gloria de su amado Salvador, de cuyas palabras de gracia y poder no los puede separar confinamiento alguno ni ninguna circunstancia externa. Se nos da una alarma con el sonido de la trompeta, y luego, el apóstol oyó la voz de Cristo.

Vv. 12—20. Las iglesias reciben su luz de Cristo y del evangelio, y la muestran a otros. Ellas son los candeleros de oro; deben ser preciosas y puras; no sólo los ministros, sino los miembros de ellas; así debe brillar su luz delante de los hombres, como para llevar a otros a dar gloria a Dios. El apóstol vio como si el Señor Jesucristo apareciera en medio de los candeleros de oro. Él siempre está con sus iglesias, hasta el fin del mundo, llenándolas con luz, vida, y amor. Estaba vestido con un manto hasta los pies, quizá representando su justicia y su sacerdocio, como Mediador. Esta vestimenta estaba ceñida con un cinto de oro, que puede denotar cuán preciosos son su amor y afecto por su pueblo. Su cabeza y cabellos blancos como lana y nieve puede representar su majestad, pureza y eternidad. Sus ojos como llamas de fuego pueden representar su conocimiento de los secretos de todos los corazones y de los sucesos más distantes. Sus pies, como de bronce bruñido que arde en un horno, pueden denotar la firmeza de sus designios y la excelencia de sus procedimientos. Su voz, como el sonido de muchas aguas, puede representar el poder de su palabra, para quitar o destruir. Las siete estrellas eran símbolo de los ministros de las siete iglesias a las cuales tenía que escribir el apóstol, y a quienes Cristo sostenía y mandaba. La espada representa su justicia y su palabra, que alcanza hasta dividir alma y espíritu, Hebreos iv, 12. Su rostro era como el sol, cuando brilla clara y fuertemente; su fuerza demasiado brillante y cegadora para que la

contemplen los ojos mortales. —El apóstol estaba sobrecogido con la grandeza del lustre y la gloria con que apareció Cristo. Nosotros bien podemos estar contentos con andar por fe mientras estemos aquí en la tierra. El Señor Jesús dijo palabras de consuelo: No temas. Palabras de instrucción, diciendo quién era el que así aparecía. Su naturaleza divina: el Primero y el Último. Sus sufrimientos anteriores: estuve muerto: el mismo a quien vieron en la cruz sus discípulos. Su resurrección y vida: he vencido a la muerte y soy partícipe de vida eterna. Su oficio y autoridad: el dominio soberano en el mundo invisible y sobre él, como el Juez de todo, de cuya sentencia no hay apelación. Escuchemos la voz de Cristo y recibamos las prendas de su amor, porque ¿qué puede ocultar de aquellos por cuyos pecados murió? Entonces obedezcamos su palabra y entreguémonos totalmente a aquel que dirige rectamente todas las cosas.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *Las epístolas a las iglesias de Asia, con advertencias y exhortaciones.—A la iglesia de Éfeso. 8—11. A la iglesia de Esmirna; 12—17, a la de Pérgamo; 18—29, y la de Tiatira.*

Vv. 1—7. Estas iglesias estaban en tan diferentes estados de pureza de doctrina y poder de la piedad que las palabras de Cristo para ellas siempre vendrán bien al caso de otras iglesias y creyentes. Cristo conoce y observa el estado de ellas; aunque está en el cielo, de todos modos anda en medio de sus iglesias en la tierra, observando lo que está mal en ellas y qué les falta. —La iglesia de Éfeso es elogiada por la diligencia en el deber. Cristo lleva la cuenta de cada hora de trabajo que sus siervos hacen para Él, y su trabajo en el Señor no será en vano. Pero no es suficiente que seamos diligentes; debe haber paciencia para soportar, y debe haber paciencia para esperar. Aunque debemos mostrar toda mansedumbre a todos los hombres, sin embargo, debemos mostrar justo celo contra sus pecados. El pecado de que Cristo acusa a esta iglesia no es que hubiera dejado y abandonado al objeto de amor, sino que ha perdido el grado de fervor que al principio tuvo. Cristo está descontento con su pueblo cuando los ve ponerse remisos y fríos para con Él. Es seguro que esta mención en la Escritura, de los cristianos que abandonan su primer amor, es un reproche para los que hablan de esto con negligencia, y así, tratan de excusar la indiferencia y pereza en ellos mismos y en otros; nuestro Salvador considera pecaminosa esa indiferencia. Deben arrepentirse; deben dolerse y avergonzarse por su pecaminosa declinación y confesarla humildemente ante los ojos de Dios. Deben proponerse recuperar su primer celo, ternura y fervor y deben orar tan fervorosamente, y velar tan diligentemente, como cuando entraron al principio en los caminos de Dios. Si la presencia de la gracia y del Espíritu de Cristo es descuidada, podemos esperar la presencia de su desagrado. Se hace una mención alentadora de lo que era bueno en ellos. La indiferencia hacia la verdad y el error, hacia lo bueno y lo malo, puede llamarse caridad y mansedumbre, pero no es así, y desagrade a Cristo. La vida cristiana es una guerra contra el pecado, contra Satanás, el mundo y la carne. Nunca debemos ceder ante nuestros enemigos espirituales, y entonces, tendremos un glorioso triunfo y recompensa. Todos los que perseveren, recibirán de Cristo, como el Árbol de la vida, la perfección y la confirmación de la santidad y la felicidad, no en el paraíso terrenal, sino en el celestial. —Esto es una expresión figurada, tomada del relato del huerto de Edén, que significa los goces puros, satisfactorios y eternos del cielo; y la espera de ellos en este mundo, por fe, en comunión con Cristo y con las consolaciones del Espíritu Santo. Creyentes, tomad de aquí vuestra vida de lucha, y esperad y aguardad una vida tranquila en el más allá; pero no hasta entonces: la palabra de Dios nunca promete que aquí tendremos tranquilidad y libertad completa de los conflictos.

Vv. 8—11. Nuestro Señor Jesús es el Primero, porque por Él fueron hechas todas las cosas; Él estaba con Dios antes de todas las cosas, y es Dios mismo. Él es el Último, porque será el Juez de

todos. —Como Primero y Último, que estuvo muerto y vivió, es el Hermano y Amigo del creyente, debe ser rico en la pobreza más profunda, honorable en medio de la más profunda humillación, y feliz sometido a la más pesada tribulación, como la iglesia de Esmirna. Muchos de los ricos de este mundo, son pobres en cuanto al venidero; y algunos que son pobres por fuera, son ricos por dentro; ricos en fe, en buenas obras, ricos en privilegios, ricos en dones, ricos en esperanza. Donde hay abundancia espiritual, la pobreza externa puede soportarse bien; cuando el pueblo de Dios es empobrecido en cuanto a esta vida, por amor de Cristo y la buena conciencia, Él los compensa en todo con riquezas espirituales. Cristo arma contra las tribulaciones inminentes. No temáis nada de estas cosas; no sólo prohibáis el temor servil, sino sometedlo proporcionando al alma fortaleza y valor. Será para probarlos, no para destruirlos. —Nótese la certeza de la recompensa: “Te daré”; ellos tendrán la recompensa de la mano misma de Cristo. Además, cuán adecuada es: “la corona de la vida”; la vida gastada a su servicio o entregada a su causa, será recompensada con una vida mucho mejor, la que será eterna. La muerte segunda es indeciblemente peor que la primera, tanto en sus agonías como por ser eterna: indudablemente es espantoso morir y estar muriendo siempre. Si un hombre es librado de la segunda muerte y de la ira venidera, puede soportar con paciencia lo que encuentre en este mundo.

Vv. 12—17. La palabra de Dios es una espada, capaz de cortar pecado y pecadores. Gira y corta por todas partes, pero el creyente no tiene que temer esta espada; aunque la confianza no puede recibir respaldo sin una obediencia constante. Como nuestro Señor nota todas las ventajas y oportunidades que tenemos para cumplir nuestro deber en los lugares donde habitamos, así nota nuestras tentaciones y desalientos por las mismas causas. En una situación de prueba, la iglesia de Pérgamo no negó la fe, ni por apostasía franca, ni por ceder a fin de evitar la cruz. Cristo elogia su firmeza, pero reprende sus faltas pecaminosas. Una visión equivocada de la doctrina del evangelio y de la libertad cristiana era la raíz de amargura de la cual surgieron malas costumbres. El arrepentimiento es el deber de las iglesias y cuerpos de hombres, y de las personas particulares: los que pecan juntos, deben arrepentirse juntos. —Aquí está la promesa de favor para los que venzan. Las influencias y las consolaciones del Espíritu de Cristo descienden desde el cielo al alma, para apoyarla. Esto está oculto del resto del mundo. —El nombre nuevo es el nombre de la adopción: cuando el Espíritu Santo muestra su obra en el alma del creyente, él comprende el nombre nuevo y su verdadera importancia.

Vv. 18—29. Aunque el Señor conoce las obras de su pueblo, que son hechas en amor, fe, celo y paciencia, si sus ojos, que son como de fuego llameante, los ve cometiendo o permitiendo lo que es malo, los reprenderá, corregirá o castigará. —Aquí hay alabanza del ministerio y del pueblo de Tiatira de parte de Aquel que conocía los principios por los cuales ellos actuaban. Ellos se pusieron más sabios y mejores. Todos los cristianos deben desear fervientemente que sus últimas obras sean las mejores. Pero esta iglesia convivía con unos seductores malvados. Dios es conocido por los juicios que ejecuta; por esto, sobre los seductores, muestra su certero conocimiento de los corazones de los hombres, de sus principios, designios, disposición y temperamento. Se da aliento a los que se mantenían puros e incontaminados. —Peligroso es despreciar el misterio de Dios y tan peligroso como recibir los misterios de Satanás. Cuidémonos de las profundidades de Satanás, de las cuales los que menos las conocen son los más dichosos. ¡Qué tierno es Cristo con sus siervos fieles! Él no pone carga sobre sus siervos sino lo que es para su bien. Hay una promesa de amplia recompensa para el creyente perseverante y victorioso; también, conocimiento y sabiduría apropiados para su poder y dominio. Cristo trae consigo al alma el día, la luz de la gracia y la gloria en su presencia y su gozo, su Señor y Salvador. Después de cada victoria sigamos con nuestra ventaja contra el enemigo para que podamos vencer y mantener las obras de Cristo hasta el final.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Epístola a la iglesia de Sardis.* 7—13. *A la de Filadelfia.* 14—22. *A la de Laodicea.*

Vv. 1—6. El Señor Jesús es el que tiene al Espíritu Santo con todos sus poderes, gracias y operaciones. La hipocresía y un lamentable deterioro de la religión son los pecados de que acusa a Sardis, Aquel que conocía bien a esa iglesia y todas sus obras. Las cosas externas parecían bien a los hombres, pero ahí había sólo la forma de la piedad, no el poder; un nombre que vive, pero no un principio de vida. Había gran mortandad en sus almas y en sus servicios; cantidades que eran totalmente hipócritas, otros que estaban viviendo en forma desordenada y muerta. Nuestro Señor los llamó a ponerse alertas contra sus enemigos y activos, y fervientes en sus deberes; y a proponerse, dependiendo de la gracia del Espíritu Santo, a revivir y fortalecer la fe y los afectos espirituales de los aún vivos para Dios, aunque en decadencia. Perdemos terreno cada vez que bajamos la guardia. —Tus obras son huecas y vacías; las oraciones no están llenas de santos deseos, las limosnas no son obras llenas de caridad verdadera, los días de reposo no están llenos de devoción del alma adecuada para Dios. No hay afectos internos adecuados para los actos y expresiones externas; cuando falta el espíritu, la forma no permanece por mucho tiempo. Al procurar un avivamiento en nuestra alma o en las de otros, debemos comparar lo que profesamos con la manera en que vivimos, para ser humillados y vivificados y tomar firmemente lo que queda. Cristo enfatiza con una temible amenaza su consejo, si fuera despreciado. —Sin embargo, nuestro amado Señor no deja a estos pecadores sin algo de aliento. Hace una honrosa mención del remanente fiel de Sardis, formula una promesa de gracia para ellos. El que venza será vestido con vestiduras blancas; la pureza de la gracia será recompensada con la pureza perfecta de la gloria. Cristo tiene su libro de la vida, un registro de todos los que heredarán la vida eterna; el libro de memorias de todos los que viven para Dios, y mantienen la vida y el poder de la piedad en los malos tiempos. Cristo sacará este libro de la vida y mostrará los nombres de los fieles, ante Dios, y ante todos los ángeles en el gran día.

Vv. 7—13. El mismo Señor Jesús tiene la llave del gobierno y autoridad en la Iglesia y sobre ella. Abre una puerta de oportunidad a sus iglesias; abre una puerta de predicación a sus ministros; abre una puerta de entrada, abre el corazón. Él cierra la puerta del cielo al necio que se duerme en el día de la gracia; y a los hacedores de iniquidad, por vanos y confiados que sean. —Elogia a la iglesia de Filadelfia, pero con un suave reproche. Aunque Cristo acepta un poco de fuerza los creyentes, no deben, sin embargo, quedar satisfechos con un poquito, sino esforzarse para crecer en gracia, para ser fuertes en la fe, dando gloria a Dios. Cristo puede descubrir este, su favor, a su pueblo, de modo que sus enemigos se vean forzados a reconocerlo. Por la gracia de Cristo esto ablandará a sus enemigos y les hará desear ser admitidos a la comunión con su pueblo. Cristo promete preservar la gracia en las épocas de mayor prueba, como premio por la fidelidad pasada: al que tiene le será dado. Los que sostienen el evangelio en una época de paz, serán sostenidos por Cristo en la hora de la tentación, y la misma gracia divina que los ha hecho fructificar en tiempos de paz, los hará fieles en los tiempos de persecución. Cristo promete una gloriosa recompensa al creyente victorioso. Él será un pilar monumental del templo de Dios; un monumento a la poderosa gracia gratuita de Dios; un monumento que nunca será borrado ni quitado. Sobre este pilar será escrito el nombre nuevo de Cristo; por esto se manifestará bajo quien dio el creyente la buena batalla, y salió victorioso.

Vv. 14—22. Laodicea era la última y la peor de las siete iglesias de Asia. Aquí nuestro Señor Jesús se presenta a sí como “el Amén”: uno constante e inmutable en todos sus propósitos y promesas. —Si la religión vale algo, lo vale todo. Cristo espera que los hombres sean fervorosos. ¡Cuántos hay que profesan la doctrina del evangelio y no son fríos ni calientes! Salvo que sean indiferentes en las cosas necesarias, y calientes y fieros en los debates de cosas de menor importancia. Se promete un severo castigo. —Ellos darán una falsa impresión del cristianismo como si fuera una religión impía, mientras otros concluirán que no permite una satisfacción real, de lo contrario sus profesantes no pondrían tan poco corazón en ella, o no estarían tan dispuestos a buscar placer o felicidad en el mundo. —Una causa de esta indiferencia e incoherencia en la

religión es el orgullo y el engaño de sí mismo: “Porque dices”. ¡Qué diferencia hay entre lo que ellos piensan de sí mismos y lo que Cristo piensa de ellos! ¡Cuánto cuidado debemos tener para no engañar a nuestra propia alma! En el infierno hay muchos que pensaron que iban bien adelantados en el camino al cielo. Roguemos a Dios que no seamos entregados a halagarnos y engañarnos. Los profesantes se enorgullecieron a medida que se ponían carnales y formales. El estado de ellos era miserable de por sí. Eran pobres; realmente pobres cuando decían y pensaban que eran ricos. No podían ver su estado, su camino ni su peligro, pero pensaban que los veían. No tenían el manto de la justificación ni de la santificación: estaban desnudos al pecado y a la vergüenza; la justicia de ellos no era sino trapo de inmundicias; trapos que no los cubrirían; trapos de inmundicia que los contaminaban. Estaban desnudos, sin casa ni techo, porque estaban sin Dios, el Único en quien puede el alma hallar reposo y seguridad. —Cristo aconsejó bien a esta gente pecadora. Dichosos son los que aceptan su consejo, porque todos los que no los aceptan deben perecer en sus pecados. Cristo les deja saber dónde pueden tener verdaderas riquezas y cómo pueden tenerlas. Deben dejar algunas cosas, pero nada de valor; y esto es sólo para dar lugar a recibir riquezas verdaderas. Abandónese el pecado y la confianza en sí mismo, para que pueda ser llenado con su tesoro oculto. Tienen que recibir de Cristo ese ropaje blanco que Él compró y proveyó para ellos: Su propia justicia imputada para justificación, y las vestiduras de la santidad y la santificación. Que ellos se entreguen a su palabra y a su Espíritu, y sus ojos serán abiertos para que vean su camino y su final. Examinémonos por la regla de su palabra y oremos con fervor por la enseñanza de su Espíritu Santo para que quite nuestra soberbia, los prejuicios y las concupiscencias carnales. Los pecadores debieran tomar las reprensiones de la palabra y de la vara de Dios como señales de su amor por sus almas. Cristo quedó afuera; llama por los tratos de su providencia, las advertencias y las enseñanzas de su palabra y la obra de su Espíritu. Cristo, con su palabra y Espíritu, y por gracia, aún sigue viniendo a la puerta del corazón de los pecadores. Los que le abran disfrutarán de su presencia. Si los que encuentre sirven sólo para una pobre fiesta, lo que Él trae la hará rica. Él dará una nueva provisión de gracia y consuelos. —En la conclusión se halla la promesa para el creyente vencedor. El mismo Cristo tuvo tentaciones y conflictos; los venció a todos y fue más que vencedor. Los que son como Cristo en sus pruebas, serán hechos como Él en gloria. —Todo termina con el pedido de atención general. Estos consejos, aunque aptos para las iglesias a los cuales se dirigieron, son profundamente interesantes para todos los hombres.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—8. *Una visión de Dios, en su glorioso trono, alrededor del cual había veinticuatro ancianos y cuatro seres vivientes. 9—11. Sus cánticos, y los de los santos ángeles, oyó el apóstol.*

Vv. 1—8. Después que el Señor Jesús hubo instruido al apóstol para que escribiera “las cosas que son” a las iglesias, hubo otra visión. El apóstol vio un trono puesto en el cielo, un emblema del dominio universal de Jehová. Vio a Uno glorioso en el trono, no descrito por rasgos humanos, como para ser representado por una semejanza o imagen, sino sólo por su fulgor sin igual. Estos parecen símbolos de la excelencia de la naturaleza divina, y de la temible justicia de Dios. El arco iris es un símbolo apropiado del pacto de promesas que Dios ha hecho con Cristo, como Cabeza de la Iglesia, y con todo su pueblo en Él. El color dominante era un verde agradable, mostrando la naturaleza revivida y refrescante del nuevo pacto. —Había veinticuatro asientos alrededor del trono donde estaban veinticuatro ancianos, que probablemente, representan a toda la Iglesia de Dios. Que estuvieran sentados significa honra, reposo y satisfacción; que ellos estén sentados alrededor del trono significa la cercanía a Dios, la vista y el deleite que tienen en Él. Los ancianos visten ropajes blancos; la justicia imputada a los santos, y su santidad: tenían en sus cabezas coronas de oro,

significando la gloria que tienen con Él. Rayos y voces salían del trono; las temibles declaraciones que hace Dios a su iglesia acerca de su soberana voluntad y placer. —Había siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono; los dones, las gracias y las operaciones del Espíritu de Dios en las iglesias de Cristo, dispensadas conforme a la voluntad y al placer del que se sienta en el trono. En la Iglesia del evangelio, el lavacro para la purificación es la sangre del Señor Jesucristo, que limpia de todo pecado. En esta deben ser lavados todos para ser admitidos por gracia en la presencia de Dios en la tierra, y ante su gloriosa presencia en el cielo. —El apóstol vio a cuatro seres vivientes entre el trono y el círculo de los ancianos, puestos entre Dios y la gente. Estos parecieran significar a los verdaderos ministros del evangelio por su lugar entre Dios y la gente. También esto lo señala la descripción que se da, la cual significa sabiduría, valor, diligencia y discreción, y los afectos por los cuales suben al cielo.

Vv. 9—11. Todos los creyentes verdaderos atribuyen su redención y conversión, sus privilegios presentes y esperanzas futuras al eterno y supremamente santo Dios. Así suben al cielo los cánticos agradecidos y por siempre armoniosos de los redimidos. En la tierra hagamos como ellos, que nuestras alabanzas sean constantes, ininterrumpidas, unidas, indivisas, agradecidas, no frías ni formales; humildes y no confiadas en sí mismas.

CAPÍTULO V

Versículos 1—7. Un libro sellado con siete sellos, que no puede ser abierto por nadie sino Cristo, que toma el libro y lo abre. 8—14. Todo honor se atribuye a Él, como digno de abrirlo.

Vv. 1—7. El apóstol vio en la mano del que estaba sentado en el trono un rollo de pergamino, de la forma habitual de aquellos tiempos, y sellado con siete sellos. Representaba los propósitos secretos de Dios que iban a ser revelados. Los designios y los métodos de la providencia divina para la Iglesia y el mundo están establecidos, determinados y quedan por escrito. Los consejos de Dios están por entero ocultos de los ojos y del entendimiento de la criatura. No se quita el sello ni se abren de inmediato las diversas partes del rollo, sino una parte después de la otra, hasta que todo el misterio del consejo y conducta de Dios esté consumado en el mundo. —Las criaturas no pueden abrirlo ni leerlo; sólo el Señor puede hacerlo. Los que más ven de Dios desean ver más; y los que han visto su gloria desean conocer su voluntad. Pero hasta los hombres buenos pueden estar demasiado anhelantes y apresurados por escudriñar los misterios de la conducta divina. Tales deseos se convierten en lamento y pesar si no son contestados pronto. —Si Juan lloró mucho porque no podía leer el libro de los decretos de Dios, ¡cuánta razón tienen muchos para derramar ríos de lágrimas por su ignorancia del evangelio de Cristo del cual depende la salvación eterna! —Nosotros no tenemos que llorar por no poder prever sucesos futuros acerca de nosotros en este mundo; la ansiosa expectativa de las perspectivas futuras o la previsión de calamidades venideras nos haría, por igual, ineptos para nuestros deberes y conflictos presentes o volverían inquietantes nuestros días de prosperidad. Pero podemos desear saber, por las promesas y profecías de la Escritura, cuál será el suceso final para los creyentes y para la Iglesia; que el Hijo encarnado ha prevalecido para que aprendamos todo lo que necesitamos saber. —Cristo está como Mediador entre Dios y los ministros y el pueblo. Se le llama León, pero aparece como Cordero inmolado. Aparece con las marcas de sus sufrimientos para mostrar que intercede por nosotros en el cielo en virtud de la satisfacción que hizo. Aparece como Cordero, con siete cuernos y siete ojos: el poder perfecto para ejecutar toda la voluntad de Dios, y la sabiduría perfecta para entenderla y hacerla en la manera más eficaz. El Padre puso el libro de sus eternos consejos en la mano de Cristo y Cristo lo tomó, rápida y alegremente, en su mano: porque se deleita en dar a conocer la voluntad de su Padre; y Él da el Espíritu Santo para revelar la verdad y la voluntad de Dios.

Vv. 8—14. Es tema de gozo para todo el mundo ver que Dios trata con los hombres con gracia y

misericordia por medio del Redentor. Él gobierna el mundo, no sólo como Creador, sino como nuestro Salvador. Las arpas eran instrumentos de alabanza; los vasos estaban llenos de perfume o incienso, que representan las oraciones de los santos: la alabanza y la oración siempre deben ir juntas. Cristo ha redimido a su pueblo de la esclavitud del pecado, de la culpa y de Satanás. No sólo ha comprado libertad para ellos sino la honra y la más alta preferencia; los ha hecho reyes y sacerdotes; reyes, para que reinen sobre sus propios espíritus y para vencer al mundo y al maligno; y los hace sacerdotes dándoles acceso a Él mismo, y libertad para ofrecer sacrificios espirituales. — ¡Qué palabras podrían declarar más plenamente que Cristo es, y debe ser, adorado igualmente con el Padre por todas las criaturas por toda la eternidad! Dichosos los que adorarán y alabarán en el cielo, y que por siempre bendecirán al Cordero que los libró y los apartó para sí por su sangre. ¡Cuán digno eres tú, oh Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de nuestras alabanzas más excelsas! Todas las criaturas deben proclamar tu grandeza y adorar tu majestad.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *Apertura de los sellos.*—*El primero, segundo, tercero y cuarto.* 9—11. *El quinto.* 12—17. *El sexto.*

Vv. 1—8. Cristo, el Cordero, abre el primer sello. Nótese que sale un jinete en un caballo blanco. Al salir este caballo blanco parece que la intención es un tiempo de paz, o el progreso temprano de la religión cristiana; su salida con pureza en el tiempo en que su Fundador celestial mandó a sus apóstoles a enseñar a todas las naciones, agregando: ¡He aquí!, Yo estoy siempre con vosotros hasta el fin del mundo. La religión divina sale coronada, teniendo el favor divino sobre ella, armada espiritualmente contra sus enemigos, y destinada a ser victoriosa al final. —Al abrir el segundo sello, aparece un caballo bermejo que significa juicios que hacen estragos. La espada de la guerra y la persecución es un juicio temible; quita la paz de la tierra, una de las mayores bendiciones; y los hombres que debieran amarse los unos a los otros, y ayudarse los unos a los otros, se dedican a matarse los unos a los otros. Tales escenas también siguieron a la pura era del cristianismo temprano, cuando, desechando la caridad y el vínculo de la paz, los líderes cristianos se dividieron entre sí, apelaron a la espada y se enredaron en la culpa. —Al abrir el tercer sello, apareció un caballo negro: color que denota luto y ayes, tinieblas e ignorancia. El que lo montaba tenían un yugo [balanza en la versión 1960 de la Biblia] en su mano. Se hicieron intentos de poner un yugo de observancias supersticiosas a los discípulos. Al ir fluyendo el torrente del cristianismo y alejándose de su pura fuente, se fue corrompiendo más y más. Durante el avance de este caballo negro, las necesidades de la vida estarían a precios exagerados y las cosas más costosas no debían ser dañadas. Conforme al lenguaje profético, estos artículos significaban el alimento del saber religioso, por el cual se sustentan las almas de los hombres para la vida eterna; tales como los que somos invitados a comprar, Isaías lv, 1. Pero cuando se desparraman sobre el mundo cristiano las nubes negras de la ignorancia y la superstición, denotadas por el caballo negro, el conocimiento y la práctica de la religión verdadera se vuelve escaso. Cuando la gente odia su alimento espiritual, Dios puede privarlos, con justicia, de su pan diario. El hambre de pan es un juicio terrible, pero el hambre de la palabra lo es más. —Al abrir el cuarto sello, salió otro caballo, de color amarillo, pálido. El jinete era la muerte, el rey de los terrores. Los asistentes o seguidores de este rey de los terrores, el infierno, el estado de la miseria eterna para todos los que mueren en sus pecados; en las épocas de la destrucción general, son multitudes las que se van a la fosa sin estar preparados. El período del cuarto sello es uno de gran carnicería y devastación, que destruye lo que pueda traer felicidad a la vida, asolando las vidas espirituales de los hombres. Así, pues, el misterio de iniquidad fue completado, y su poder extendidos sobre las vidas y las conciencias de los hombres. No se puede discernir las fechas exactas de estos cuatro sellos, porque los cambios fueron graduales. —Dios les

dio poder, esto es, los hizo instrumentos de su ira o de juicios: todas las calamidades públicas están bajo su mando; sólo avanzan cuando Dios las manda y no van más allá de lo que Él permite.

Vv. 9—11. La visión del apóstol al abrirse el quinto sello fue muy impresionante. Vio las almas de los mártires debajo del altar; al pie del altar del cielo, a los pies de Cristo. Los perseguidores sólo pueden matar el cuerpo; después de eso, no es más lo que pueden hacer; el alma vive. Dios ha provisto un buen lugar en el mundo mejor para los que son fieles hasta la muerte. No es su propia muerte, sino el sacrificio de Cristo lo que les da entrada al cielo. La causa por la que sufrieron fue la palabra de Dios: lo mejor que puede hacer todo hombre es dar su vida por ella; la fe en la palabra de Dios, y la confesión de esa fe que no es removida. Ellos encomiendan su causa a aquel a quien pertenece la venganza. El Señor es el consolador de Sus siervos acongojados y preciosa es la sangre de ellos ante sus ojos. Como la medida del pecado de sus perseguidores se está llenando, así mismo el número de los siervos perseguidos y martirizados de Cristo. Cuando esta se llene, Dios enviará tribulación a los que los perturban y felicidad y reposo sin interrupción a los que son perturbados.

Vv. 12—17. Cuando se abrió el sexto sello hubo un gran terremoto. Los fundamentos de las iglesias y de los estados serán remecidos en forma terrible. Tales descripciones figuradas tan osadas de los grandes cambios abundan en las profecías de la Escritura, porque estos sucesos son emblemas y declaran el fin del mundo y el día del juicio. El espanto y el terror cogerán a toda clase de hombres. Ni las grandes riquezas, el valor ni la fuerza pueden sostener a los hombres en aquel momento. Ellos estarían contentos de no ser vistos más; sí, de no tener existencia. Aunque Cristo sea un Cordero, puede airarse y la ira del Cordero es excesivamente espantosa; porque si nuestro enemigo es el mismo Redentor, que apacigua la ira de Dios, ¿dónde hallaremos un amigo que alegue por nosotros? Como los hombres tienen sus momentos de oportunidad y sus temporadas de gracia, así Dios tiene su día de ira justa. Parece que aquí se representa el derrumbamiento del paganismo del imperio romano. Se describe a los idólatras ocultándose en sus cuevas y cavernas secretas, buscando vanamente escapar de la destrucción. En tal día, cuando los signos de los tiempos muestren, a los que creen en la palabra de Dios, que el Rey de reyes se acerca, los cristianos están llamados a un rumbo decidido y a confesar denodadamente a Cristo y su verdad ante sus congéneres. Sea lo que sea que tengan que soportar, el desprecio del hombre, de corta duración, debe soportarse más que la vergüenza que es eterna.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—3. *Una pausa entre dos grandes períodos.* 4—8. *La paz, la felicidad y la seguridad de los santos, significadas por el sellado de los 144.000 que hace un ángel.* 9—12. *Un cántico de alabanza.* 13—17. *La bendición y la gloria de los que sufrieron el martirio por Cristo.*

Vv. 1—8. Que los cuatro vientos soplen juntos significa en el lenguaje figurado de la Escritura una destrucción general terrible. Pero la destrucción es retardada. Los sellos se usaban para que cada persona marcara sus pertenencias. Esta marca es el testimonio del Espíritu Santo impreso en los corazones de los creyentes. El Señor no tolerará que su pueblo sea afligido antes de ser marcados, para que puedan estar preparados contra todos los conflictos. Nótese, en los así sellados por el Espíritu, el sello debe estar en la frente, evidentemente para ser visto por amigos y enemigos por igual, pero no por el creyente mismo salvo cuando mira fijamente en el espejo de la palabra de Dios. —El número de los así sellados, puede entenderse como que representa el remanente de personas que Dios reserva. Aunque la Iglesia de Dios no es sino una manada pequeña en comparación con el mundo malo, es, no obstante, una sociedad realmente grande y que crecerá más aun. Aquí está figurada la Iglesia universal bajo el tipo de Israel.

Vv. 9—12. Las primicias de Cristo que abrieron el camino, a los gentiles convertidos más tarde

son los que siguen, y atribuyen, con triunfo, su salvación a Dios y al Redentor. —En los actos de adoración religiosa nos acercamos a Dios y debemos ir por Cristo; los pecadores no pueden aproximarse al trono de Dios si no es por un Mediador. Ellos estaban vestidos con los ropajes de la justificación, la santidad y la victoria; y tenían palmas en sus manos, como acostumbraban a presentarse los vencedores en sus triunfos. Tal aparición gloriosa será la que hagan al final los fieles siervos de Dios, cuando hayan peleado la buena batalla de la fe, y terminado su carrera. Con una voz fuerte dieron a Dios y al Cordero la alabanza de la gran salvación. Los que disfrutaban de la dicha eterna deben bendecir, y bendecirán al Padre y al Hijo; lo harán en público y con fervor. —Vemos cuál es la obra del cielo, y debemos empezarla ahora, poner nuestros corazones mucho en ella, y anhelar ese mundo donde serán perfeccionadas nuestras alabanzas y nuestra dicha.

Vv. 13—17. Los cristianos fieles merecen nuestra atención y respeto; debemos notar al justo. Los que obtendrán conocimiento no deben avergonzarse al procurar instrucción de quien la pueda dar. El camino al cielo pasa por muchas tribulaciones, pero la tribulación, por grande que sea, no nos separará del amor de Dios. La tribulación hace que el cielo sea más bienvenido y más glorioso. No es la sangre de los mártires, sino la sangre del Cordero la que puede lavar el pecado, esta es la única sangre que emblanquece y limpia las ropas de los santos. —Ellos son felices en su empleo; el cielo es un estado de servicio pero sin sufrimiento; es un estado de reposo aunque no de pereza; es un reposo que alaba y deleita. Ellos han tenido penas y han derramado muchas lágrimas por el pecado y la aflicción, pero el mismo Dios, con su mano de gracia, enjugará todas esas lágrimas. Los trata como padre tierno. Esto debe sostener al cristiano bajo todas sus aflicciones. Como todos los redimidos deben por completo su dicha a la misericordia soberana, así la obra y la adoración de Dios su Salvador es su elemento; su presencia y favor completan la dicha de ellos, ni pueden concebir otro gozo. Que a Él acuda todo su pueblo; que de Él reciban toda la gracia que necesitan; y que a Él ofrezcan toda la alabanza y la gloria.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1, 2. *Se abre el séptimo sello y aparecen siete ángeles con siete trompetas, listos para proclamar los propósitos de Dios.* 3—5. *Otro ángel arroja fuego a la tierra, lo que produce terribles tormentas de venganza.* 6. *Los siete ángeles se preparan para tocar sus trompetas.* 7—12. *Cuatro las tocan.* 13. *Otro ángel denuncia grandes ayes venideros.*

Vv. 1—6. Se abre el séptimo sello. Hubo un profundo silencio en el cielo por un espacio de tiempo; todo estaba callado en la iglesia, porque cada vez que la iglesia de la tierra grita por la opresión, ese grito llega al cielo; o es un silencio de expectativa. Se dieron trompetas a los ángeles, que tenían que tocarlas. El Señor Jesús es el Sumo Sacerdote de la Iglesia que tiene un incensario de oro y mucho incienso, plenitud de mérito en su persona gloriosa. —Deseable fuera que los hombres quieran conocer la plenitud que hay en Cristo y se propusieran familiarizarse con su excelencia. Que ellos fueran verdaderamente persuadidos de que Cristo tiene el oficio de Intercesor, que ahora desempeña con profunda simpatía. A ninguna oración así recomendada, se le negó jamás el ser oída y aceptada. Estas oraciones, así aceptas en el cielo, produjeron grandes cambios en la tierra. —La adoración y la religión cristiana, puras y celestiales en origen y naturaleza, cuando son enviadas a la tierra y entran en conflicto con las pasiones y los proyectos mundanos de los hombres pecadores, producen notables tumultos, aquí expresados en lenguaje profético, como declaró nuestro Señor mismo, Lucas xii, 49.

Vv. 7—13. El primer ángel tocó la primera trompeta y hubo granizo y fuego mezclado con sangre. Una tormenta de herejías, una mezcla de errores espantosos cayó sobre la iglesia o una tempestad de destrucción. —El segundo ángel tocó, y una gran montaña, ardiendo con fuego, fue echada al mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Hay algunos que entienden que la

montaña representa a los líderes de las persecuciones; otros, a Roma saqueada por los godos y los vándalos, con gran carnicería y crueldad. —El tercer ángel tocó, y cayó una estrella desde el cielo. Algunos consideran que esto es un gobernador eminente; otros, que es una persona con poder que corrompió a las iglesias de Cristo. Las doctrinas del evangelio, la fuente de la vida, del consuelo y del vigor espiritual para las almas de los hombres, están corrompidas y amargadas por la mezcla de errores peligrosos, de modo que las almas de los hombres encuentran ruina donde antes hallaban refrigerio. —El cuarto ángel tocó, y cayeron tinieblas sobre las grandes lumbreras del cielo que dan el mundo, al sol, a la luna y a las estrellas. Los líderes y los gobernantes están puestos más altos que la gente, y tienen que dispensar luz, y buenas influencias sobre ellos. Donde llega el evangelio a un pueblo, y no tiene los efectos apropiados sobre sus corazones y vidas, es seguido por terribles juicios. Dios da advertencias por la palabra escrita, por los ministros, por las propias conciencias de los hombres y por las señales de los tiempos; de modo que si la gente es sorprendida, es su propia falta. La ira de Dios amarga todos los beneficios y hasta la misma vida se vuelve una carga. Pero Dios, en este mundo, pone límites a los juicios más terribles. La corrupción de la doctrina y la adoración en la iglesia son grandes juicios, y también son las causas y señales habituales de otros juicios venideros para un pueblo. —Antes que se tocaran las otras tres trompetas, hubo una advertencia solemne de lo terrible que serían las calamidades que seguirían. Si los juicios menores no tienen efecto, la iglesia y el mundo deben esperar otros mayores; y cuando Dios viene a castigar al mundo, sus habitantes temblarán ante Él. Que los pecadores tomen las precauciones para huir de la ira venidera; que los creyentes aprendan a valorar y agradecer sus privilegios; y que continúen con paciencia haciendo el bien.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—12. *La quinta trompeta es seguida por la visión de otra estrella que cae del cielo y que abre el abismo insondable del cual salen ejércitos de langostas.* 13—21. *La sexta trompeta es seguida por la liberación de cuatro ángeles atados en el gran río Éufrates.*

Vv. 1—12. Al sonar la quinta trompeta cayó una estrella del cielo a la tierra. Habiendo cesado de ser un ministro de Cristo, el que está representado por esta estrella se vuelve ministro del diablo; y suelta las potestades del infierno contra las iglesias de Cristo. Al abrirse el abismo sin fondo, sale de ahí mucho humo. El diablo ejecuta sus designios cegando los ojos de los hombres, apagando la luz y el conocimiento, y fomentando la ignorancia y el error. De este humo sale un ejército de langostas, símbolo de los agentes del diablo que fomentan la superstición, la idolatría, el error y la crueldad. Los árboles y la hierba, los creyentes verdaderos, sean nuevos o más avanzados, serán intocables. Pero un veneno e infección secreta del alma debe robar a muchos otros la pureza, y después, la paz. Las langostas no tenían poder para herir a los que tenían el sello de Dios. La gracia distintiva y todopoderosa de Dios resguardará a su pueblo de la apostasía total y final. El poder está limitado a una corta temporada, pero será muy agudo. En tales sucesos los fieles comparten la calamidad común, pero estarán a salvo de la pestilencia del error. De la Escritura sabemos que tales errores estaban ahí probando y examinando a los cristianos, 1 Corintios xi, 19. Los primeros escritores se refieren a esto como la primera gran hueste de corruptores que se diseminaron por la iglesia cristiana.

Vv. 13—21. El sexto ángel tocó y parece que aquí el tema es el poder de los turcos. Su tiempo es limitado. No sólo mataron en la guerra, sino que trajeron una religión destructora y venenosa. La generación anticristiana no se arrepintió con estos espantosos juicios. De la sexta trompeta aprendamos que Dios puede hacer un azote de un enemigo de la Iglesia y del otro, una plaga. La idolatría de los remanentes de la iglesia oriental y de todas partes, y los pecados de los cristianos profesantes, hacen más maravillosa esta profecía y su cumplimiento. El lector atento de la Escritura

y de la historia, puede hallar que su fe y esperanza son fortalecidas por los acontecimientos que, en otros aspectos, llenan su corazón con angustia y sus ojos con lágrimas, mientras ve que los hombres que escapan de estas plagas, no se arrepienten de sus malas obras, antes bien siguen en la idolatría, la maldad y la crueldad hasta que la ira venga sobre ellos hasta el máximo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—4. *El Ángel del pacto presenta un librito abierto seguido por siete truenos. 5—7. Al final de las siguientes profecías, el tiempo no será más. 8—10. Una voz manda al apóstol que coma el librito. 11. Y le dice que debe profetizar más.*

Vv. 1—7. El apóstol vio otra visión. La persona que comunica este descubrimiento probablemente era nuestro Señor y Salvador Jesucristo, o era para mostrar su gloria. Él vela su gloria, que es demasiado grande para que la contemplen los ojos morales; y pone un velo sobre sus dispensaciones. Un arco iris estaba sobre su cabeza; nuestro Señor siempre se interesa por su pacto. Su voz sobrecogedora tuvo el eco de siete truenos; forma solemne y terrible de revelar la mente de Dios. No sabemos los temas de los siete truenos ni las razones para no escribirlas. Hay grandes acontecimientos en la historia, relacionados quizás con la iglesia cristiana, que no se notan en la profecía revelada. La salvación final del justo, y el éxito final de la verdadera religión de la tierra, son presentados por la palabra del Señor que no falla. Aunque todavía no sea el tiempo, no puede estar lejos. Muy pronto, para nosotros, el tiempo no será más, pero si somos creyentes, seguirá una eternidad dichosa; desde el cielo, contemplaremos los triunfos de Cristo, y de su causa en la tierra, y nos regocijaremos en ellos.

Vv. 8—11. La mayoría de los hombres se complacen mirando los acontecimientos futuros y a todos los hombres buenos les gusta recibir una palabra de Dios. Pero cuando este libro de la profecía fue digerido completamente por el apóstol, su contenido resultó amargo; había cosas tan terribles y espantosas, persecuciones tan dolorosas del pueblo de Dios, tales estragos en la tierra que verlos y saberlos por anticipado sería doloroso para su mente. Procuremos ser enseñados por Cristo y obedezcamos sus órdenes; meditemos diariamente en su palabra para que nutra nuestras almas; y, luego, declarémosla conforme a nuestros diversos emplazamientos. La dulzura de las contemplaciones estará, a menudo, mezclada con amargura cuando comparamos las Escrituras con el estado del mundo y la iglesia, o hasta con el de nuestros propios corazones.

CAPÍTULO XI

Versículos 1, 2. *El estado de la iglesia está representado con la figura de un templo medido. 3—6. Dos testigos profetizan vestidos con cilicio. 7—13. Los matan pero después resucitan y ascienden al cielo. 14—19. Bajo la séptima trompeta todos los poderes anticristianos van a ser destruidos, y habrá un estado glorioso del reino de Cristo en la tierra.*

Vv. 1, 2. Este pasaje profético de la medición del templo parece referirse a la visión de Ezequiel. El diseño de esta medición parece ser la preservación de la iglesia en tiempos de peligro público; o para su juicio o para su reforma. Los adoradores deben ser medidos; si hacen de la gloria de Dios su finalidad y de su palabra su regla en todos sus actos de adoración. Los del atrio externo, adoran de manera falsa, o con corazones no afectos y serán contados con los enemigos. Dios tendrá un templo y altar en el mundo hasta el final del tiempo. Él mira estrictamente a su templo. La ciudad santa, la

iglesia visible está pisoteada; está llena de idólatras, infieles e hipócritas. Pero las desolaciones de la iglesia son limitadas y será librada de todos sus problemas.

Vv. 3—13. En la época del trillado, Dios sostuvo a sus testigos fieles para dar testimonio de la verdad de su palabra y adoración, y de la excelencia de sus caminos. El número de estos testigos es, sin embargo, pequeño. Ellos profetizan vestidos de cilicio. Muestra su estado afligido, perseguido, y profunda congoja por las abominaciones contra las cuales protestan. Son sustentados durante su obra grande y difícil hasta que está terminada. Cuando hayan profetizado vestidos de cilicio por la mayor parte de los 1260 días, el anticristo, el gran instrumento del diablo, hará guerra contra ellos, con fuerza y violencia por un tiempo. Los rebeldes decididos en contra de la luz, se regocijan como en un hecho feliz, cuando pueden silenciar, alejar o destruir a los siervos fieles de Cristo, cuya doctrina y conducta los atormenta. —No parece que el período haya expirado aún, y los testigos no están, en el presente, expuestos a soportar tales sufrimientos externos tan terribles como en las épocas anteriores, pero tales cosas pueden volver a pasar, y hay abundante causa para profetizar vestidos con cilicio, por cuenta del estado de la religión. El estado deprimido del cristianismo verdadero puede relacionarse sólo con la iglesia occidental. El Espíritu de vida de Dios, vivifica las almas muertas y revivirá los cuerpos muertos de su pueblo, y su interés moribundo en el mundo. El avivamiento de la obra y los testimonios de Dios producirán terror en las almas de sus enemigos. Donde hay culpa, hay miedo; y el espíritu perseguidor, aunque cruel, es un espíritu cobarde. —No será parte pequeña del castigo de los perseguidores en este mundo, que en el gran día vean honrados y ascendidos a los siervos fieles de Dios. Los testigos del Señor no deben cansarse de sufrir y servir, ni tomar apresuradamente el premio; deben permanecer quietos hasta que su Amo los llame. La consecuencia de que sean así enaltecidos fue un tremendo golpe y convulsión para el imperio anticristiano. Los solos hechos pueden mostrar el significado de esto. Pero cada vez que reviven la obra y los testigos de Dios, la obra del diablo y sus testigos caen ante Él. Parece probable que la matanza de los testigos sea un acontecimiento futuro.

Vv. 14—19. Antes que suene la séptima y última trompeta se hace el habitual pedido de atención. Los santos y los ángeles del cielo saben que la diestra de nuestro Dios y Salvador manda en todo el mundo. Pero las naciones salen con su propia ira al encuentro de la ira de Dios. Fue un tiempo en que Él estaba empezando a recompensar los servicios fieles y los sufrimientos de su pueblo; y sus enemigos están nerviosos con Dios, y así aumentan su culpa y apresuran su destrucción. —Al abrirse el templo de Dios en el cielo quizá se signifique que había más comunicación libre entre el cielo y la tierra; la oración y las alabanzas subían más libre y frecuentemente; las gracias y las bendiciones descendían con más abundancia. Pero, más bien, parece referirse a la iglesia de Dios en la tierra. En el reino del anticristo, se echó a un lado la ley de Dios y se la vació con tradiciones y decretos; las Escrituras estuvieron cerradas para la gente, pero ahora se ponen a la vista de todos. Como el arca, esto es un símbolo de la presencia de Dios que vuelve a su pueblo, y su favor para con ellos en Jesucristo, como la Propiciación por sus pecados. La gran bendición de la Reforma fue acompañada por providencias muy temibles; y Dios respondió con cosas terribles de justicia a las oraciones presentadas en su santo templo, ahora abierto.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—6. *Descripción de la iglesia de Cristo y de Satanás, bajo las figuras de una mujer y de un gran dragón rojo.* 7—12. *Miguel y sus ángeles luchan con el diablo y sus ángeles, los que son derrotados.* 13, 14. *El dragón persigue a la iglesia.* 14—17. *Sus vanos intentos por destruirla.—Renueva su guerra contra la simiente de la mujer.*

Vv. 1—6. La iglesia, representada por una mujer, la madre de los creyentes, fue vista en el cielo por el apóstol en una visión. Ella estaba vestida de sol, justificada, santificada y brillando por la unión

con Cristo, el Sol de la Justicia. La luna estaba bajo sus pies; ella era superior a la luz reflejada y más débil que la revelación hecha por Moisés. Tenía en su cabeza una corona de doce estrellas; la doctrina del evangelio predicada por los doce apóstoles es una corona de gloria de todos los creyentes verdaderos. Estaba con dolor para dar a luz una santa familia; deseosa que la convicción de los pecadores pueda terminar en su conversión. El dragón es emblema conocido de Satanás, y de sus agentes principales, o de los que gobiernan por él en la tierra, como en esa época el imperio pagano de Roma, la ciudad edificada sobre siete colinas. Teniendo diez cuernos, dividida en diez reinos. Tener siete coronas representa siete formas de gobierno. Arrastraba con su cola a la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojaba a la tierra; perseguía y seducía a los ministros y maestros. Vigilando para aplastar la religión cristiana, pero, a pesar de la oposición de los enemigos, la iglesia sacó adelante a un grupo varonil de profesantes fieles y verdaderos en quienes Cristo fue verdaderamente formado de nuevo; el misterio de Cristo, el Hijo de Dios que gobernará las naciones y a cuya diestra sus miembros participan de la misma gloria. Esta bendita simiente fue protegida por Dios.

Vv. 7—11. Los intentos del dragón resultaron infructuosos contra la iglesia, y fatales para sus propios intereses. La sede de esta guerra era el cielo; en la iglesia de Cristo, el reino del cielo en la tierra. Las partes eran Cristo, el gran Ángel del pacto, y sus fieles seguidores; y Satanás y sus instrumentos. La fuerza de la iglesia está en tener al Señor Jesús como Capitán de la salvación de ellos. —La idolatría pagana, que era la adoración de los demonios, fue echada del imperio por la difusión del cristianismo. La salvación y la fuerza de la iglesia sólo deben atribuirse al Rey y Cabeza de la iglesia. El enemigo vencido odia la presencia de Dios, pero está dispuesto a comparecer para acusar al pueblo de Dios. Cuidémonos para no darle causa de acusarnos; cuando hemos pecado, presentémonos ante el Señor, a condenarnos a nosotros mismos y encomendar nuestra causa a Cristo como nuestro Abogado. Los siervos de Dios vencen a Satanás por la sangre del Cordero, como su causa. Por la palabra de su testimonio: la predicación poderosa del evangelio es potente, por medio de Dios, para derribar fortalezas. Por su valor y paciencia en los sufrimientos: ellos no amaron tanto a sus vidas, pero las rindieron por la causa de Cristo. Estos eran los guerreros y las armas por las cuales el cristianismo derrocó el poder de la idolatría pagana; si los cristianos hubieran continuado peleando con estas armas, y con otras como estas, sus victorias hubieran sido más numerosas y gloriosas, y sus efectos, más duraderos. —Los redimidos vencieron por su simple confianza en la sangre de Cristo, como la única base de sus esperanzas. En esto debemos ser como ellos. No debemos mezclar nada más con esto.

Vv. 12—17. La iglesia y todos sus amigos bien pueden ser convocados para alabar a Dios por liberar de la persecución pagana, aunque otras angustias les esperen. El desierto es un lugar desolado y lleno de serpientes y escorpiones, incómodo y sin provisiones, pero es lugar seguro donde uno puede estar solo. —Pero estar así de retirada, no es algo que protegiera a la mujer. Muchos explican al torrente de agua como las invasiones de los bárbaros por los cuales fue derrotado el imperio occidental, porque los paganos animaron sus ataques esperando destruir al cristianismo. Pero los hombres impíos protegieron a la iglesia en medio de estos tumultos, debido a sus intereses mundanos, y la derrota del imperio no ayudó a la causa de la idolatría. O, esto puede significar un torrente de error por el cual la Iglesia de Dios estuvo en peligro de ser derribada y descarriada. El diablo, derrotado en sus intenciones contra la Iglesia, vuelve su furia contra personas y lugares. Ser fiel a Dios y Cristo, en doctrina, adoración y práctica, expone a la ira de Satanás y así será hasta que el último enemigo sea destruido.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—10. *Una bestia salvaje sale del mar a la cual el dragón da su poder.* 11—15. *Otra bestia que tiene dos cuernos, como un cordero, pero que habla como dragón.* 16—18. *Obliga a*

todos a que adoren su imagen y reciban su marca como personas consagradas a ella.

Vv. 1—10. El apóstol, estando en la playa, vio a una bestia salvaje salir del mar; un poder tiránico, idólatra, perseguidor, que surge de los trastornos que tuvieron lugar. ¡Era un monstruo aterrador! Parece significar el dominio mundano opresor que, por muchas eras, desde los tiempos del cautiverio babilonio, había sido hostil a la iglesia. Entonces, la primera bestia empezó a perseguir y oprimir a los justos por amor de la justicia, pero ellos sufrieron más bajo la cuarta bestia de Daniel (el imperio romano) que ha afligido a los santos con muchas persecuciones crueles. —La fuente de este poder fue el dragón. Fue establecido por el diablo y apoyado por él. La herida de la cabeza puede ser la abolición de la idolatría pagana; y la sanidad de la herida sería la introducción de la idolatría papista, la misma en sustancia, sólo que con nuevo ropaje, pero que responde tan efectivamente al designio del diablo. El mundo admiró su poder, política y éxito. Ellos rindieron honores y sujeción al diablo y sus instrumentos. Ejerció un poder y una política infernal exigiendo que los hombres rindieran a las criaturas el honor que sólo pertenece a Dios. Pero el poder y el éxito del diablo son limitados. Cristo tiene un remanente escogido, redimido por su sangre, registrado en su libro, sellado por su Espíritu; y, aunque el diablo y el anticristo puedan vencer el cuerpo, y quitar la vida natural, no pueden vencer el alma, ni prevalecer contra los creyentes verdaderos para que abandonen a su Salvador y se unan a sus enemigos. La perseverancia en la fe del evangelio y la verdadera adoración de Dios, en esta gran hora de prueba y tentación, que engañarían a todos excepto al elegido, es el carácter de los registrados en el libro de la vida. Este motivo y aliento poderosos a la constancia es el gran objetivo de todo el Libro de Apocalipsis.

Vv. 11—18. Los que entienden que la primera bestia significa una potencia mundial, toman a la segunda también como poder perseguidor y usurpador que actúa con el disfraz de la religión y de la caridad hacia las almas de los hombres. Es un dominio espiritual que profesa derivar de Cristo y se ejerce, primeramente, en forma suave, pero luego habla como dragón. Su habla le traiciona, porque establece doctrinas falsas y decretos crueles que muestran que pertenece al dragón y no al Cordero. Ejerció todo el poder de la bestia anterior. Persigue el mismo objetivo: apartar a los hombres de la adoración del Dios verdadero y someter las almas de los hombres a la voluntad y al control de hombres. La segunda bestia ha ejecutado sus intenciones con métodos que engañan a los hombres para que adoren a la primera bestia en la nueva forma o semejanza hecha para esto, con prodigios mentirosos, milagros pretendidos, y por censuras severas. También, sin permitir el goce de derechos naturales o civiles por parte de quienes no adoren a esa bestia que es la imagen de la bestia pagana. Se hace algo que da autorización para comprar y vender y para ganancia y confianza, lo que les obliga a usar todo su interés, poder y trabajo en el fomento del dominio de la bestia, lo cual es significado por recibir su marca. Hacer una imagen de la bestia, cuya herida mortal fue sanada, sería dar forma y poder a su adoración, o requerir obediencia a sus órdenes. Adorar la imagen de la bestia implica someterse a las cosas que estampan el carácter de la marca y la vuelven imagen de la bestia. —El número de la bestia es dado como para mostrar la sabiduría infinita de Dios y ejercitar la sabiduría de los hombres. El número es número de hombre, calculado de la manera habitual de los hombres, y es 666. Permanece como misterio qué o quién está representado por esto. Este número ha sido aplicado en casi cada disputa religiosa y se puede dudar, razonablemente, si se ha descubierto ya su significado. Pero el que tiene sabiduría y entendimiento verá que todos los enemigos de Dios están numerados y marcados para destrucción; que el término de su poder pronto expirará y que todas las naciones se someterán a nuestro Rey de justicia y paz.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—5. *Los fieles a Cristo celebran las alabanzas de Dios.* 6—13. *Tres ángeles: uno que proclama el evangelio eterno; otro, la caída de Babilonia; y el tercero, la temible ira de Dios*

sobre los adoradores de la bestia. La bendición de los que murieron en el Señor. 14—16. Una visión de Cristo con una hoz aguda, y de una cosecha madura. 17—20. El símbolo de una cosecha totalmente madura, trillada en la prensa de vino de la ira de Dios.

Vv. 1—5. El monte Sion es la iglesia del evangelio. Cristo está con su iglesia y en medio de todas sus angustias, por tanto, no es consumida. Su presencia asegura la perseverancia. Su pueblo se presenta honorablemente. Ellos tienen el nombre de Dios escrito en sus frentes; pueden hacer una profesión denodada y abierta de su fe en Dios y Cristo, y esto es acompañado por actos apropiados. En las épocas más tenebrosas hubo personas que se aventuraron y rindieron sus vidas por la adoración y la verdad del evangelio de Cristo. Se mantuvieron limpias de la abominación perversa de los seguidores del anticristo. Sus corazones estuvieron bien con Dios y fueron libremente perdonados en Cristo; Él es glorificado en ellos y ellos en Él. Sea nuestra oración, nuestro esfuerzo, y nuestra ambición ser hallados en esta honorable compañía. Los que son realmente santificados y justificados están aquí representados, porque ningún hipócrita, por verosímil que parezca, puede contarse como sin falta ante Dios.

Vv. 6—13. Aquí parece manifestarse el progreso de la Reforma. Las cuatro proclamas son evidentes en su significado: que todos los cristianos sean exhortados a ser fieles a su Señor en el tiempo de la prueba. El evangelio es el gran medio por el cual son llevados los hombres a temer a Dios, y a darle gloria. —La predicación del evangelio eterno estremece los cimientos del anticristo en el mundo, y apresura su caída. —Si alguien persiste en someterse a la bestia, y en fomentar su causa, debe esperar ser miserable en cuerpo y alma para siempre. El creyente tiene que aventurarse o sufrir cualquier cosa por obedecer los mandamientos de Dios y por profesar la fe de Jesús. Que Dios nos conceda esta paciencia. —Nótese la descripción de los que son y serán bendecidos: los tales mueren en el Señor; mueren en la causa de Cristo, en estado de unión con Cristo; los tales son hallados en Cristo cuando llega la muerte. Descansan de todo pecado, tentación, pena y persecución; porque ahí el malo cesa de atormentarlos, ahí los agotados están en reposo. Sus obras les siguen: no van adelante como título de ellos, o como adquisición, pero los siguen como pruebas de haber vivido y muerto en el Señor; el recuerdo de ellos será grato y la recompensa, muy por encima de todos sus servicios y sufrimientos. Esto es asegurado por el testimonio del Espíritu, que atestigua en sus espíritus, y la palabra escrita.

Vv. 14—20. No habiendo producido reforma las advertencias y los juicios, los pecados de las naciones han llenado la medida, y están maduros para los juicios, representados por una cosecha, símbolo que se usa para significar la reunión de los justos, cuando estén maduros para el cielo, por la misericordia de Dios. El tiempo de cosecha es cuando está maduro el trigo; cuando los creyentes están maduros para el cielo, entonces el trigo de la tierra será reunido en el granero de Cristo por una cosecha. Los enemigos de Cristo y de Su Iglesia no son destruidos hasta que por su pecado esté maduro para destrucción, y entonces, Él no los pasará más por alto. El lagar es la ira de Dios, una calamidad terrible, probablemente la espada, que derrama la sangre de los malos. La paciencia de Dios para con los pecadores es el mayor milagro del mundo; pero, aunque duradera, no será eterna; y la maduración del pecado es prueba segura del juicio inminente.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—4. *La Iglesia canta un cántico de alabanza. 5—8. Siete ángeles con las siete plagas; y, luego, uno de los seres vivientes da a uno de ellos siete copas de oro llenas de la ira de Dios.*

Vv. 1—4. Aparecieron siete ángeles en el cielo, preparados para terminar la destrucción del anticristo. Puesto que la medida de los pecados de Babilonia estaba llena, encuentra la medida llena

de la ira divina. Mientras los creyentes estén en este mundo, en tiempos de angustia, como parado sobre un mar de vidrio mezclado con fuego, pueden esperar su liberación final, mientras nuevas misericordias piden nuevos himnos de alabanza. Mientras más sabemos de las maravillosas obras de Dios, más alabaremos su grandeza como el Señor Dios Todopoderoso, el Creador y Rey de todos los mundos; pero su título de Emanuel, el Rey de los santos, lo hará querido a nosotros. ¿Quién que considere el poder de la ira de Dios, el valor de su favor o la gloria de su santidad, rehusará a temerle y honrarle a Él solo? Su alabanza está por sobre el cielo y la tierra.

Vv. 5—8. En los juicios que Dios ejecuta con el anticristo y sus seguidores, cumple las profecías y las promesas de su palabra. Estos ángeles están preparados para su obra, vestidos con lino puro y blanco, sus pechos ceñidos con cinto de oro, que representan la santidad, la justicia y la excelencia de los tratos con los hombres. Ellos son ministros de la justicia divina y hacen todas las cosas en forma pura y santa. Estaban armados con la ira de Dios contra sus enemigos. Hasta la criatura más vil, cuando está armada con la ira de Dios, será demasiado fuerte para cualquier hombre del mundo. —Los ángeles recibieron las copas de uno de los cuatro seres vivientes, uno de los ministros de la iglesia verdadera, como respuesta a las oraciones de los ministros y del pueblo de Dios. El anticristo no podía ser destruido sin un gran golpe para todo el mundo, y hasta el pueblo de Dios estaría angustiado y confundido mientras se hacía la gran obra. Las liberaciones más grandes de la iglesia son producidas por pasos temibles y asombrosos de la providencia; y el estado feliz de la iglesia verdadera no empezará hasta que sean destruidos los enemigos obstinados, y purificados los cristianos tibios o formales. Entonces, todo lo que esté contra las Escrituras será purgado, toda la iglesia será espiritual y todo, siendo llevado a la pureza, la unidad y la espiritualidad, será firmemente establecido.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—7. *La primera copa es arrojada a la tierra, la segunda al mar, la tercera a los ríos y fuentes.* 8—11. *La cuarta al sol, la quinta a la sede de la bestia.* 12—16. *La sexta al gran río Éufrates.* 17—21. *Y la séptima, al aire cuando cae la destrucción de todos los enemigos de los cristianos.*

Vv. 1—7. Tenemos que orar que se haga la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo. Aquí hay una sucesión de terribles juicios de la providencia; y parece una alusión a diversas plagas de Egipto. Los pecados eran semejantes, y así, los castigos. Las copas se refieren a las siete trompetas, que representaban el surgimiento del anticristo; y la caída de los enemigos de la Iglesia se parecerá algo a su levantamiento. Todas las cosas de su tierra, su aire, su mar, sus ríos, sus ciudades, están condenadas a la ruina, todas malditas por la maldad de la gente. No os asombréis que los ángeles, que presencian o ejecutan la venganza divina en los obstinados que odian a Dios, Cristo y la santidad, alaben su justicia y verdad; y adoren sus espantosos juicios cuando ejecute en los crueles perseguidores las torturas que ellos hicieron sufrir a sus santos y profetas.

Vv. 8—11. El corazón del hombre es tan perverso que las desgracias más severas nunca llevarán a nadie a arrepentirse sin la gracia especial de Dios. El mismo infierno está lleno de blasfemias; y los ignorantes de la historia humana, de la Biblia, y de sus propios corazones, no saben que mientras más sufren los hombres, y más claramente vean la mano de Dios en sus sufrimientos, más furiosamente se enojan a menudo contra Él. Que ahora los pecadores busquen el arrepentimiento en Cristo y la gracia del Espíritu Santo o tendrán la angustia y el horror de un corazón sin humillar, impenitente y desesperado; añadiendo así a su culpa y desgracia por toda la eternidad. —Las tinieblas se oponen a la sabiduría y al conocimiento y prolongan la confusión y la necedad de los idólatras y seguidores de la bestia. Se oponen al placer y al gozo, y significan la angustia y la vejación del espíritu.

Vv. 12—16. Probablemente esto señale la destrucción de la potencia turca y de la idolatría, y que se hará un camino para el retorno de los judíos. O, tómesese como Roma, la Babilonia mística, el nombre de Babilonia escrito por Roma, que así se pensaba, pero en ese entonces no se nombraba abiertamente. Cuando Roma es destruida, su río y sus mercaderías deben sufrir con ella. Quizá, se abra un camino para que las naciones orientales entren a la iglesia de Cristo. El gran dragón reunirá todas sus fuerzas para librar una batalla desesperada antes que todo esté perdido. Dios advierte de esta gran prueba para hacer que su pueblo se prepare para ella. Estos serán tiempos de gran tentación; por tanto, Cristo, por su apóstol llama a sus siervos creyentes a esperar su venida repentina, y a velar para no ser avergonzados, como apóstatas o hipócritas. Por mucho que difieran los cristianos en cuanto a sus criterios de los tiempos y las eras, en cuanto a los sucesos que aun tienen que ocurrir, en este solo punto están todos de acuerdo: Jesucristo, el Señor de gloria, volverá súbitamente a juzgar al mundo. A los que viven cerca de Cristo, esto es objeto de gozosa esperanza y expectativa, y la demora es algo que ellos no desean.

Vv. 17—21. El séptimo y último ángel echa su copa y se consuma la caída de Babilonia. La iglesia triunfante del cielo lo vio y se regocijó; la iglesia afligida en la tierra, lo vio y se volvió triunfante. Dios se acordó de la ciudad grande y malvada; aunque por un tiempo parecía que había olvidado su idolatría y crueldad. Todo lo que era más seguro fue eliminado por la ruina. —Los hombres blasfemaron: los juicios más grandes que puedan recaer a los hombres no producirán el arrepentimiento sin la gracia de Dios. Endurecerse contra Dios por sus juicios justos es señal cierta de destrucción total y segura.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—6. *Uno de los ángeles que tenía las copas, explica el significado de la visión anterior de la bestia anticristiana que iba a reinar 1260 años, y luego sería destruida. 7—18. E interpreta el misterio de la mujer, y de la bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos.*

Vv. 1—6. Roma parece estar claramente representada en este capítulo. La Roma pagana sometió y gobernó con poderío militar, no por arte ni halagos. Dejaba, por lo general, que las naciones siguieran con sus antiguas costumbres y adoración, pero es cosa bien sabida que por administración política astuta, con toda clase de engaños de injusticia, la Roma papal ha obtenido y mantenido su gobierno sobre reyes y naciones. —Aquí hubo seducciones por medio de honores y riquezas mundanales, pompas y orgullo, apropiado para mentes mundanas y sensuales. La prosperidad, la pompa y el esplendor alimentaron la soberbia, y las concupiscencias del corazón humano, pero no son una garantía contra la venganza divina. La copa de oro representa las seducciones e ilusiones por las cuales esta Babilonia mística ha obtenido y mantenido su influencia, y ha seducido a otros para que se le unan en sus abominaciones. Se la nombra, por sus costumbres infames, la madre de las ramera; a las que educa en la idolatría y toda clase de maldad. Se llena con la sangre de los santos y mártires de Jesús. Se embriaga con ella, y le era tan agradable que nunca estaba satisfecha. No podemos sino maravillarnos por los océanos de sangre cristiana derramados por hombres que se dicen cristianos; pero cuando consideramos estas profecías, estos hechos espantosos testifican de la verdad del evangelio. Y cuidémonos todos de una religión espléndida, gananciosa o de moda. Evitemos los misterios de la iniquidad y estudiemos con diligencia el gran misterio de la piedad para que aprendamos humildad y gratitud del ejemplo de Cristo. Mientras más procuremos parecer nos a Él, menos obligados estaremos a ser engañados por el anticristo.

Vv. 7—14. La bestia que montaba la mujer, era y no es, y, sin embargo, es. Era asiento de idolatría y persecución, y no es; no en la forma antigua, que era pagana: pero es; verdaderamente es la sede de la idolatría y la tiranía, aunque de otra suerte y forma. Engañaría a una sumisión estúpida y ciega a todos los habitantes de la tierra bajo su influencia excepto al remanente de los elegidos. —

Esta bestia tiene siete cabezas, siete montañas, las siete colinas sobre las cuales se yergue Roma; y siete reyes, siete clases de gobierno. Cinco eran pasados cuando se escribió esta profecía; uno era en ese momento; el otro aún tenía que llegar. La bestia, dirigida por el papado, constituye el octavo gobernante y vuelve a establecer la idolatría. —Tenía diez cuernos, que se dice son diez reyes que aún no tenían reinos; ellos no debían surgir sino cuando se dividiera el imperio romano; pero por un tiempo serían muy celosos de sus intereses. —Cristo reinará cuando todos sus enemigos sean puestos bajos sus pies. La razón de la victoria es que Él es el Rey de reyes y el Señor de señores. Él tiene supremo dominio y poder sobre todas las cosas; todos los poderes de la tierra y del infierno están sujetos a su control. Sus seguidores son llamados a esta guerra, son equipados para ella y serán fieles en ella.

Vv. 15—18. Dios mandaba en tal forma los corazones de estos reyes, por su poder sobre ellos, y por su providencia, que hicieron esas cosas, sin tener la intención, que Él se propuso y anunció. Ellos verán su necedad y cómo fueron embrujados y esclavizados por la ramera, y hechos instrumentos de su destrucción. Ella era esa gran ciudad que reinaba sobre los reyes de la tierra, cuando Juan tuvo esta visión; y todos saben que Roma era esa ciudad. —Los creyentes serán recibidos en la gloria del Señor cuando los malos sean destruidos de la manera más terrible; su unión en pecado será vuelta en odio e ira y ellos asistirán, anhelosos, a torturarse los unos a los otros. Pero la porción del Señor es su pueblo; su consejo permanecerá y Él hará todo su beneplácito para su gloria y dicha de todos sus siervos.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—3. *Otro ángel desde el cielo proclama la caída de la Babilonia mística.* 4—8. *Una voz desde el cielo amonesta al pueblo de Dios, no sea que participen de sus plagas.* 9—19. *Las lamentaciones por ella.* 20—24. *La iglesia llamada a regocijarse por su extrema ruina.*

Vv. 1—8. La caída y la destrucción de la Babilonia mística están determinadas en los consejos de Dios. Otro ángel viene del cielo. Este parece ser Cristo mismo, que viene a destruir a sus enemigos y a derramar la luz de su evangelio por todas las naciones. La maldad de esta Babilonia era muy grande; había olvidado al Dios verdadero y había puesto ídolos, arrastrando a toda clase de hombres al adulterio espiritual, y por su riqueza y lujo, los mantuvo interesados en ella. Parece representar principalmente la mercadería espiritual, por la cual son multitudes las que han vivido en riquezas de maldad, por los pecados y la necedad de la humanidad. —Se da advertencia justa a todos los que esperan misericordia de Dios de que no sólo deben salir de Babilonia sino ayudar a su destrucción. Dios puede tener pueblo hasta en Babilonia. Pero el pueblo de Dios será llamado a salir de Babilonia, y llamado eficazmente, mientras que los que participan con los impíos en sus pecados, deben recibir sus plagas.

Vv. 9—19. Los dolientes habían participado de los placeres sensuales de Babilonia, y habían hecho ganancias por su riqueza y comercio. Eran los reyes de la tierra, a quienes ella había atraído a la idolatría, permitiéndoles ser tiránicos con sus súbditos, aunque obedientes a ella; también eran los mercaderes, los que traficaban sus indulgencias, perdones y honores; ellos son los que se lamentan. Los amigos de Babilonia participaron de sus placeres y beneficios pecaminosos, pero no están dispuestos a participar de sus pestes. El espíritu del anticristo es un espíritu mundano, y el lloro es una pura tristeza mundana; ellos no lloran por la ira de Dios, sino por la pérdida de sus comodidades externas. La magnificencia y las riquezas de los impíos de nada les servirán, pero harán más difícil de soportar la venganza. La mercadería espiritual es aquí aludida cuando menciona como artículos de comercio no sólo a los esclavos, sino las almas de los hombres para la destrucción de las almas de millones. Tampoco esto ha sido peculiar del anticristo romano y su sola culpa. —Pero que los mercaderes prósperos aprendan, con todas sus ganancias, a conseguir las

riquezas inescrutables de Cristo; de lo contrario, aun en esta vida, puede que tengan que lamentar que las riquezas crían alas y se alejan volando, y que todos los frutos por los cuales contaminaron de lujuria sus almas, los abandonaron. En todo caso, la muerte terminará pronto su comercio y todas las riquezas de los impíos serán intercambiadas no sólo por el ataúd y el gusano, sino por el fuego que no puede apagarse.

Vv. 20—24. Lo que es materia de júbilo para los siervos de Dios en la tierra, es materia de regocijo para los ángeles en el cielo. Los apóstoles, que son honrados y diariamente adorados en Roma, en forma idólatra, se regocijarán por su caída. La caída de Babilonia fue un acto de la justicia de Dios. Como fue una ruina final, este enemigo nunca más les molestará otra vez; de esto tienen la seguridad por una señal. Recibamos la advertencia de las cosas que llevan a los demás a su destrucción, y pongamos nuestros afectos en las cosas de arriba, cuando consideramos la naturaleza variable de las cosas terrenales.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—10. *La iglesia en el cielo y la de la tierra triunfan y alaban al Señor por sus juicios justos.* 11—21. *Una visión de Cristo que sale a destruir a la bestia y sus ejércitos.*

Vv. 1—10. Alabar a Dios por lo que tenemos es orar por lo que aún va a hacer por nosotros. Hay armonía entre los ángeles y los santos en este cántico triunfal. —Cristo es el Esposo de su Iglesia rescatada. Esta segunda unión será completada en el cielo, pero el comienzo del milenio glorioso (por el cual se significa el reino de Cristo, o estado de dicha por mil años en la tierra) puede ser considerado como la celebración de sus esponsales en la tierra. Entonces, la Iglesia de Cristo, purificada de errores, divisiones y corrupciones de doctrina, disciplina, adoración y práctica, estará preparada para ser públicamente reconocida por Él como su delicia y su amada. La Iglesia apareció, no con el vestido alegre e impúdico de la madre de las prostitutas, sino con lino fino, limpio y blanco. Son las vestiduras de la justicia de Cristo, imputada para justificación e impartida para santificación. Las promesas del evangelio, los dichos verdaderos de Dios, abiertas, aplicadas y selladas por el Espíritu de Dios, en santas ordenanzas, son el festejo nupcial. Esto parece referirse a la abundante gracia y consuelo que recibirán los cristianos en los dichosos días que tienen que venir. —El apóstol ofreció honores al ángel, que los rechazó. Dirigió al apóstol al único objeto verdadero de adoración religiosa: adora a Dios y a Él solo. Esto condena claramente la práctica de los que adoran los elementos del pan y del vino, y santos, y ángeles, y los que no creen que Cristo es verdaderamente, y por naturaleza, Dios, pero le rinden una suerte de adoración. Son reos de idolatría por un mensajero del cielo. Estos son los verdaderos dichos de Dios; del que debe ser adorado como uno con el Padre y el Espíritu Santo.

Vv. 11—21. Cristo, la Cabeza gloriosa de la Iglesia, se presenta sobre un caballo blanco, el símbolo de la justicia y la santidad. Tiene muchas coronas, porque es el Rey de reyes y el Señor de señores. Está vestido con un ropaje empapado en su propia sangre, por la cual compró su poder como Mediador; y en la sangre de sus enemigos, sobre los cuales siempre prevalece. Su nombre es “El Verbo de Dios”; nombre que nadie conoce plenamente sino Él mismo; sólo esto sabemos nosotros, que este Verbo era Dios manifestado en la carne; pero sus perfecciones no pueden ser plenamente entendidas por ninguna criatura. —Le siguen ángeles y santos y son como Cristo en su armadura de pureza y justicia. Él va a ejecutar las amenazas de la palabra escrita en sus enemigos. Las insignias de su autoridad son su nombre; afirma su autoridad y poder, y advierte a los príncipes más poderosos que se sometan o caigan ante Él. —Las potestades de la tierra y del infierno hacen su máximo esfuerzo. Estos versículos declaran hechos importantes anunciados por los profetas. Estas personas no fueron excusadas porque hicieron lo que sus jefes les mandaron. ¡Qué vano será el alegato de muchos pecadores en ese gran día! ¡Nosotros seguimos a nuestros jefes! ¡Hicimos lo

que vimos que hacían otros! En su Palabra, Dios dio una regla para caminar; ni el ejemplo de la mayoría, ni el del jefe, deben movernos a lo contrario; si hacemos como la mayoría, debemos ir donde va la mayoría, al lago de fuego.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—3. *Satanás atado por mil años.* 4—6. *La primera resurrección; benditos los que en ella tengan parte.* 7—10. *Satanás suelto: Gog y Magog.* 11—15. *La resurrección última y general.*

Vv. 1—3. He aquí una visión que muestra, por una figura, las limitaciones puestas al mismo Satanás. Cristo, con poder omnipotente, impedirá que el diablo engañe a la humanidad como hasta ahora lo ha hecho. No le falta poder ni instrumentos para romper el poder de Satanás. Cristo lo encierra por su poder y lo sella por su autoridad. La iglesia tendrá un tiempo de paz y prosperidad, pero todas sus pruebas aún no terminaron.

Vv. 4—6. He aquí un relato del reino de los santos por el mismo tiempo que Satanás esté atado. Los que sufren con Cristo reinarán con Él en su reino espiritual y celestial, en conformidad con Él en su sabiduría, justicia y santidad: esto se llama la primera resurrección con que serán solamente favorecidos todos los que sirvan a Cristo y sufran por Él. Se declara la felicidad de estos siervos de Cristo. Nadie puede ser bendecido sino los que son santos, y todos los que son santos serán bendecidos. Algo sabemos de lo que es la primera muerte, y es muy espantosa, pero no sabemos lo que es muerte segunda. Debe ser mucho más terrible; es la muerte del alma, la separación eterna de Dios. Que nunca sepamos lo que es: quienes han sido hechos partícipes de la resurrección espiritual, son salvos del poder de la muerte segunda. Podemos esperar que mil años sigan a la destrucción del anticristo, de las potencias idólatras y de los perseguidores, durante los cuales el cristianismo puro de doctrina, adoración y santidad, será dado a conocer en toda la tierra. Por la obra todopoderosa del Espíritu Santo, los hombres caídos serán creados de nuevo; y la fe y la santidad prevalecerán tan ciertamente como ahora dominan la incredulidad y la impiedad. Podemos notar con facilidad que cesará toda una gama de dolores, enfermedades y otras calamidades terribles, como si todos los hombres fuesen cristianos verdaderos y coherentes. Todos los males de las contiendas públicas y privadas terminarán, y la felicidad de toda clase se generalizará. Todo hombre tratará de aliviar el sufrimiento en lugar de agregar a las penas de quienes le rodean. Nuestro deber es orar por los días gloriosos prometidos, y hacer todo lo que en nuestros puestos públicos o privados puedan preparar para ellos.

Vv. 7—10. Mientras este mundo dure, no será totalmente destruido el poder de Satanás, aunque sea limitado y aminorado. En cuanto Satanás sea soltado otra vez, empieza a engañar a las naciones e incitarlas a pelear con los santos y siervos de Dios. Bueno sería que los siervos y los ministros de Cristo fueran tan activos y perseverantes en hacer el bien, como sus enemigos para hacer el mal. Dios peleará esta última batalla decisiva por su pueblo, para que la victoria sea completa y la gloria para Él.

Vv. 11—15. Después de los hechos recién anunciados, vendrá rápidamente el final y no se menciona nada más, antes de la aparición de Cristo a juzgar al mundo. Este será el gran día: el Juez, el Señor Jesucristo, entonces vestido en majestad y terror. Las personas que serán juzgadas son los muertos, pequeños y grandes; jóvenes y viejos; altos y bajos; ricos y pobres. Nadie es tan vil que no tenga talentos de los cuales debe rendir cuentas; y nadie es tan grande que pueda eludir la rendición de cuentas. No sólo los que estén vivos cuando venga Cristo, sino todos los muertos. Hay un libro de memorias para el bien y el mal; y el libro de la conciencia de los pecadores, aunque antes secreto, entonces será abierto. Cada hombre recordará todos sus actos pasados, aunque muchos los

hayan olvidado hace largo tiempo. Otro libro será abierto, el libro de las Escrituras, la regla de vida; representa el conocimiento del Señor sobre su pueblo y sus declaraciones del arrepentimiento, la fe y las buenas obras de ellos; mostrando las bendiciones del nuevo pacto. Los hombres serán justificados o condenados por sus obras; él probará sus principios por sus prácticas. Los justificados y absueltos por el evangelio serán justificados y absueltos por el Juez y entrarán a la vida eterna, no teniendo que temer más la muerte, el infierno o a los hombres malos, porque ellos serán destruidos todos juntos. Esta es la segunda muerte, la separación final de los pecadores de Dios. Que sea nuestro gran afán ver si nuestras Biblias nos justifican o condenan ahora; porque Cristo juzgará los secretos de todos los hombres conforme al evangelio. ¿Quién habitará con las llamas devoradoras?

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—8. *El nuevo cielo y la nueva tierra: la nueva Jerusalén donde habita Dios y termina toda tristeza de su pueblo.* 9—21. *Su origen, gloria y defensa segura, todos celestiales.* 22—27. *Su perfecta felicidad iluminada con la presencia de Dios y el Cordero, y en el libre acceso de las multitudes, hechas santas.*

Vv. 1—8. El nuevo cielo y la nueva tierra no estarán separados entre sí; la tierra de los santos, sus cuerpos glorificados serán celestiales. El viejo mundo con todos sus problemas y tribulaciones habrá pasado. No habrá mar, lo que representa adecuadamente la libertad de las pasiones contradictorias, de las tentaciones, los problemas, los cambios y las alarmas; de todo lo que pueda interrumpir o dividir la comunión de los santos. Esta nueva Jerusalén es la Iglesia de Dios en el estado nuevo perfecto, la Iglesia triunfante. Su bendición viene totalmente de Dios y depende de Él. —La presencia de Dios con su pueblo en el cielo no será interrumpida como es en la tierra, Él habitará con ellos continuamente. Todos los efectos de tribulaciones previas serán eliminados. Ellos han llorado a menudo debido al pecado, la aflicción, las calamidades de la Iglesia, pero no quedarán señales ni recuerdos de las congojas anteriores. Cristo hará nuevas todas las cosas. Si estamos dispuestos y deseosos de que el Redentor haga nuevas todas las cosas en nuestros corazones y naturaleza, Él hará nuevas todas las cosas acerca de nuestra situación hasta que nos lleve a disfrutar la felicidad completa. Nótese la certeza de la promesa. Dios da todos sus títulos, Alfa y Omega, Principio y Fin, como señal del cumplimiento pleno. Los placeres pecaminosos y sensuales son aguas envenenadas y cenagosas; y los mejores consuelos terrenales son como el escaso aprovisionamiento de una cisterna; cuando se idolizan, se vuelven cisternas rotas y sólo rinden vejación. Pero los goces que imparte Cristo son las aguas que brotan de una fuente, puras, refrescantes, abundantes y eternas. Los consuelos santificadores del Espíritu Santo nos preparan para la dicha celestial; son corrientes que fluyen para nosotros en el desierto. —Los timoratos no se atreven a enfrentarse con las dificultades de la religión, su miedo esclavizante viene de su incredulidad; pero los que fueron tan cobardes que no se atrevieron a tomar la cruz de Cristo, estaban, no obstante tan desesperados que se precipitaron a la maldad abominable. Las agonías y los terrores de la primera muerte conducirán a los terrores y agonías mucho mayores de la muerte eterna.

Vv. 9—21. Dios tiene varias ocupaciones para Sus ángeles santos. A veces, tocan la trompeta de la providencia divina y advierten a un mundo indiferente; a veces, revelan cosas de naturaleza celestial a los herederos de la salvación. Los que desean tener vistas claras del cielo, deben acercarse tanto al cielo como puedan en el monte de la meditación y la fe. El tema de la visión es la Iglesia de Dios en estado perfecto triunfante, brillando en su lustre; gloriosa con relación a Cristo, lo cual muestra que la dicha del cielo consiste de la relación con Dios en conformidad con Él. —El cambio de símbolos de esposa a ciudad, muestra que sólo tenemos que hacernos ideas generales de esta descripción. —El muro es para seguridad. El cielo es un estado seguro; los que están ahí, están

separados de todos los males y enemigos, y asegurados contra ellos. Esta ciudad es enorme; hay lugar para todo el pueblo de Dios. El cimiento del muro; la promesa y el poder de Dios, y la compra de Cristo son los fuertes fundamentos de la seguridad y felicidad de la Iglesia. Estos fundamentos estaban hechos de doce clases de piedras preciosas, lo cual connota la variedad y la excelencia de las doctrinas del evangelio, o de las virtudes del Espíritu Santo, o las excelencias personales del Señor Jesucristo. —El cielo tiene puerta; hay entrada libre para todos los que son santificados; ellos no se verán excluidos. —Las puertas son de perlas. Cristo es la Perla de gran precio y Él es nuestro Camino a Dios. La calle de la ciudad era de oro puro, como cristal transparente. Los santos del cielo pisan oro. Los santos están en reposo allí, pero este no es un estado de sueño y ocio; ellos tienen comunión no sólo con Dios, sino los unos con los otros. Todas estas glorias representan sólo débilmente al cielo.

Vv. 22—27. La comunión perfecta y directa con Dios suplirá con demasía el lugar de las instituciones del evangelio. ¿Y qué palabras pueden expresar más plenamente la unión de igualdad del Hijo con el Padre en la Divinidad? ¡Qué mundo lúgubre sería éste si no fuera por la luz del sol! ¿Qué hay en el cielo que supla su lugar? La gloria de Dios ilumina la ciudad y el Cordero es su Luz. Dios en Cristo será una Fuente eterna de conocimiento y gozo para los santos del cielo. No hay noche, por tanto, no es necesario cerrar las puertas; todo está en paz y seguro. Todo nos muestra que debemos ser guiados más y más a pensar en el cielo como lleno con la gloria de Dios, e iluminado por la presencia del Señor Jesús. —Nada pecador ni inmundo, idólatra o falso y engañoso puede entrar. Todos los habitantes son perfeccionados en santidad. Ahora los santos sienten una triste mezcla de corrupción que les estorba en el servicio de Dios, e interrumpe su comunión con Él; pero al entrar al Lugar Santísimo, son lavados en el lavacro de la sangre de Cristo y son presentados al Padre sin mancha. —Nadie que obre abominaciones es admitido en el cielo. Está libre de hipócritas y de mentirosos. Como nada inmundo puede entrar al cielo, estimulémonos con estos vistazos de las cosas celestiales para usar toda diligencia, y la perfecta santidad en el temor de Dios.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—5. *Una descripción del estado celestial con las figuras del agua y los árboles de la vida, y del trono de Dios y el Cordero.* 6—19. *La verdad y el certero cumplimiento de todas las visiones proféticas.—El Espíritu Santo y la esposa, la Iglesia, invitan y dicen, Ven. 20, 21. La bendición final.*

Vv. 1—5. Todos los arroyos del consuelo terrenal son fangosos, pero estos son claros y refrescantes. Dan vida, y preservan la vida, para los que beben de ellos, y así, fluirán para siempre. Indican las influencias vivificantes y santificadoras del Espíritu Santo, según se dan a los pecadores por medio de Cristo. El Espíritu Santo, procedente del Padre y del Hijo, aplica esta salvación a nuestras almas por su amor y poder que crean de nuevo. Los árboles de vida son alimentados por las aguas puras del río que sale del trono de Dios. La presencia de Dios en el cielo es la salud y la dicha de los santos. Este árbol era un símbolo de Cristo y de todas las bendiciones de su salvación; y las hojas para sanar las naciones significan que su favor y presencia suplen todo el bien a los habitantes de ese mundo bendito. —El diablo no tiene poder allí; no puede desviar a los santos de servir a Dios, ni puede perturbarlos en el servicio de Dios. Aquí se habla como de Uno de Dios y del Cordero. El servicio será ahí no sólo libertad, sino honor y dominio. No habrá noche; ni aflicción ni congoja, nada de pausas en el servicio o el placer: nada de diversiones o placeres de invención humana serán deseados allí. ¡Qué diferente todo esto de los puntos de vista puramente humanos y groseros de la dicha celestial, de los que se refieren a los placeres de la mente!

Vv. 6—19. El Señor Jesús habló por el ángel, confirmando solemnemente el contenido de este libro, particularmente de esta última visión. Él es el Señor Dios fiel y verdadero. Además, habló por

sus mensajeros, los santos ángeles que le comunicaron a los hombres santos de Dios. Estas son cosas que deben finalizar dentro de poco. Cristo vendrá pronto y pondrá todas las cosas fuera de duda. Y habló por la integridad del ángel que había sido el intérprete del apóstol. Él rehusó aceptar la adoración de parte de Juan y lo reprendió por ofrecerla. Esto presenta otro testimonio contra la adoración idólatra de santos y ángeles. Dios llama a cada uno a dar testimonio de las declaraciones aquí hechas. Este libro, así conservado abierto, tendrá efecto en los hombres: el inmundo y el injusto lo será más; pero confirmará, fortalecerá y santificará más a los que son justos para con Dios. —Nunca pensemos que una fe muerta o desobediente nos salvará, porque el Primero y el Último ha declarado que son bienaventurados solo los que hacen sus mandamientos. Este es un libro que excluye del cielo a todas las personas malas e injustas, en particular las que aman y hacen mentiras, por tanto, en sí mismo [este libro] no puede ser una mentira. No hay punto ni condición intermedios. —Jesús, que es el Espíritu de profecía, ha dado a sus iglesias la luz matutina de la profecía para asegurarles la luz del perfecto día que se aproxima. Todo está confirmado por una invitación general directa a la humanidad a ir y participar libremente de las promesas y de los privilegios del evangelio. El Espíritu, por la palabra sagrada, y por las convicciones e influencias en la conciencia del pecador, dice: Ven a Cristo para salvación; y la novia, o toda la Iglesia, en la tierra y el cielo, dice: Ven y comparte nuestra dicha. Para que ninguno dude, se agrega: El que quiera o esté deseoso, venga y tome del agua de la vida gratuitamente. Que cada uno que oiga o lea estas palabras, desee de inmediato aceptar la invitación de gracia. Están condenados todos los que se atrevan a corromper o a cambiar la palabra de Dios sea agregándole o quitándole.

Vv. 20, 21. Luego de descubrir estas cosas a su pueblo de la tierra, Cristo parece irse de ellos volviendo al cielo, pero les asegura que no pasará mucho tiempo antes que vuelva otra vez. Mientras estamos ocupados en los deberes de nuestros diferentes puestos en la vida, no importa cuales sean las labores que nos prueben, o las dificultades que nos rodeen, o las congojas que nos opriman, escuchemos con placer a nuestro Señor que proclama: He aquí, yo vengo pronto. Yo vengo a terminar la labor y el sufrimiento de mis siervos. Yo vengo, y mi galardón de gracia conmigo, para premiar, con abundancia verdadera, a toda obra de fe y trabajo de amor. Vengo a recibir a mi pueblo fiel y perseverante para mí mismo, para habitar por siempre en aquel mundo bendito. Amén, así sea, ven, Señor Jesús. —Una bendición cierra todo. Por la gracia de Cristo debemos ser mantenidos en la expectativa gozosa de su gloria, equipados para ella y preservados para ella; y su manifestación gloriosa será de regocijo para los que participan aquí de su gracia y favor. Que todos digan, Amén. Tengamos sed de las grandes medidas de las influencias de gracia del bendito Jesús para nuestras almas y de su presencia de gracia con nosotros hasta que la gloria haga perfecta su gracia en nosotros.

Gloria sea al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo; como era en el principio, es ahora y ha de ser, eternamente en el mundo sin fin. Amén.

Henry, Matthew